

La buena prensa. Prensa católica en Andalucía durante la Restauración

Lorena R. Romero Domínguez

Sevilla, 2009

Centro de Estudios Andaluces

304 p.

ISBN: 978-84-937548-1-5

El fenómeno de la Buena Prensa (surgido en la España de finales del siglo XIX, por contraposición a la liberal, anticlerical o simplemente neutra) fue vivido en Sevilla con el ímpetu de una llama hasta convertirse en foco de irradiación hacia toda Andalucía y aún diríamos que su resplandor se proyectó mucho más arriba. Es lógico, por tanto, que sean varios los investigadores que desde allí han querido profundizar en ese movimiento y desbrozar sus características para un mayor conocimiento de todo lo que representó (como sentimiento popular y en sus realizaciones prácticas, con lo que se atiende a las actividades de parroquias y seminarios, a las organizaciones que se constituyeron, a los medios fundados entonces o que venían del pasado, a las personalidades que se posicionaron decididamente a su favor). También ha entrado en ese ámbito de estudio la profesora Lorena R. Romero, con una tesis que se centra en la prensa católica de Andalucía durante la Restauración.

Su aportación en ese sentido es notable, porque el número de cabeceras y los esfuerzos que se realizaron para ponerlas en pie y sostenerlas con dignidad constituyen los auténticos indicadores del empuje que se sustanció en este campo. Títulos y contenidos que responden a la línea predominante en aquella época y al tono que se empleaba en esta tarea, con el que difícilmente nos podemos identificar, pero que contienen una carga de convenci-

miento y de brío muy notable, porque no era fácil enfrentarse a las dificultades de todo tipo que entonces les atenazaban. Para hacerse cargo de ello hay que conocer el desinterés intraeclesial del que se partía, los ataques virulentos que se recibían de los enemigos, el exceso de politización en el ámbito periodístico y la falta de profesionalidad que en el ámbito de las publicaciones católicas era por desgracia muy habitual. Todo ello lo estudia ampliamente la autora, aunque sería necesario afinar todavía más.

En un contexto de desventaja, como el que se vivía en la segunda mitad del siglo XIX, hay que valorar el cambio tan apreciable que se experimenta desde la última década. Ya no se trata sólo de títulos (que naturalmente materializan el empuje que se estaba manifestando), sino de plasmación de una mentalidad nueva que se estaba introduciendo entre los creyentes. Esto no se logra por los procesos naturales y espontáneos de unos cristianos que evolucionan en esta dirección, algo impensable en unas comunidades tan gregarias como eran las existentes en aquellos tiempos, sino por el efecto del pensamiento que Pontífices (empezando por León XIII) y miembros de la jerarquía habían introducido en sus discursos. No todos, ni siquiera muchos, pero allá donde ciertos obispos o seglares tuvieron clara esta inclinación los efectos se hacen sentir de inmediato.

¿Se hubieran logrado unos resultados tan espléndidos sin el decidido estímulo de Mons. Marcelo Spínola, por ejemplo? ¿Se hubiera seguido en esta línea si no hubieran encontrado la justificación para sus desvelos en los escritos vigorosos de Mons. López Peláez? ¿Se hubiera llegado a la consecución del gran rotativo nacional, como una y otra vez se demandaba en todos los foros de la Buena Prensa, sin la decidida actuación del grupo de católicos que pusieron en pie *La Gaceta del Norte* y *El Debate*? Aunque tampoco debería extrañarnos tanto, por cuanto sabido es que el pueblo se deja guiar por los líderes que van señalando los caminos (aunque esta mansa actitud ha sido demasiado cultivada en la Iglesia).

En el caso de Sevilla la entusiasta actitud de su pastor, mons. Marcelo Spínola, hizo que se viviera intensamente un apostolado que los creyentes de otras regiones ni conocieron ni se les pasó por la imaginación el que pudiera

tener algún interés. Oraciones, divulgación y suscripción a las publicaciones propias y hasta laborar por la retirada de las contrarias fueron algunas de las acciones que se comprometían a realizar y que algunos tomaron sobre sí con un abnegado empeño, convencidos de la bondad de la causa que habían abrazado. La fundación del diario *El Correo de Andalucía* representó una decisión importante en este sentido, por lo que supuso de dar cuerpo a una tendencia y aglutinar los intereses que se movían en este campo.

A través de sus páginas se mantendrá enhiesta la bandera de los principios y se reforzarán los ideales que tan arduosamente se querían divulgar. Desde allí se lanzaban las consignas y se enfervorizaba a los lectores: “La prensa católica es el punto de partida de la lucha por la defensa de la fe, y el impulso de la misma es el que nos salvará. Sin ella fracasarán todos nuestros esfuerzos y todos los sacrificios que se hagan en pro de la santa causa. Tal es la necesidad de los tiempos presentes: el óbolo de la suscripción a un diario católico es más meritorio y vale más en las actuales circunstancias que el dado para contribuir a la creación de un templo o de un asilo” (“La prensa católica”, en *El Correo de Andalucía*, 8 de abril de 1901).

A ejemplo de lo que estaba ocurriendo en Sevilla, se desplegaron las ansias de poner a disposición de los lectores cabeceras que mantuvieran estas premisas (y también otras que las negaban, porque se situaban en la lucha de facciones dentro de la Iglesia, algo que por estos años trataba de combatir el magisterio con ardientes súplicas y hasta contundentes órdenes). De los 121 títulos que documenta la autora, 54 surgen con posterioridad a 1895, lo que supone que casi la mitad de ellos son fruto del impulso que se estaba experimentando en el ámbito de la Buena Prensa. No es mala cosecha, ciertamente. Si además hubieran sido competentes, profesionales, razonables, tolerantes, ajenos a las peleas innecesarias y comprensivos respecto a otros planteamientos nos habríamos encontrado que el éxito habría sido completo. Pero tal vez era pedir demasiado.

Un último apunte sobre la bibliografía aquí incluida. Nos llama la atención que no sea más exhaustiva en lo que respecta a este movimiento, cuando no es excesivo lo que ha

publicado sobre ella y por tanto la relación de testimonios, ensayos e investigaciones es perfectamente abarcable. No encontramos registrados los volúmenes con la crónica de las Asambleas de la Buena Prensa (de 1904, 1908 y 1924) y una de ellas, la primera, tuvo lugar precisamente en Sevilla, como sabe la autora porque la cita en varias ocasiones. Parece dejar de lado las aportaciones de Mons. López Peláez y de Salvador Minguijón, como tampoco consigna el *Catecismo de la Buena Prensa*, de Fernando Carro Izquierdo y otros libros y folletos que aparecieron por aquellos años. Relaciona doce trabajos del prof. José-Leonardo Ruiz Sánchez, pero no vemos su estudio *Prensa y propaganda católica* (1832-1965), publicado en su misma Universidad en 2002, y un capítulo que tiene mucho que ver con el objeto de este libro, porque trata sobre “El modelo sevillano y el desarrollo de la prensa católica española (1896-1924)” (lo de menos es que halle en un volumen nuestro, *Católicos en la prensa. Concepto y orígenes del periodismo confesional*). Y por no citar, ni siquiera lo hace con un trabajo propio, como es “La profesionalización del periodismo católico decimonónico finisecular a través del caso sevillano de *El Correo de Andalucía*” (*El Argonauta Español*, 2007), lo que parece una modestia excesiva.

Juan Cantavella
Universidad CEU San Pablo